

COORDINADOR
ALEJANDRO SÁNCHEZ

19 EDIFICIOS COMO 19 HERIDAS

**POR QUÉ EL SISMO NOS
PEGÓ TAN FUERTE**

**LAS GANANCIAS DE
ESTE LIBRO SERÁN
ENTREGADAS A LOS
DAMNIFICADOS DEL
MULTIFAMILIAR
TLALPAN**

Grijalbo

INTRODUCCIÓN

QUE HABLEN LOS ESCOMBROS, QUE SE ESCUCHE A LAS VÍCTIMAS

Pasada la emergencia ocasionada por el terremoto del 19 de septiembre de 2017, propuse a un grupo de periodistas —que cubrieron las noticias sobre el sismo— ampliar sus historias o escribir una crónica a partir de sus vivencias. Me había percatado —en charlas con amigos o conocidos y a través de lo que escuchaba en la calle— que la gente sabía mucho más de una historia ficticia (el “rescate” de la inexistente niña Frida Sofía en el colegio Rébsamen, al sur de la ciudad de México) que de derrumbes de edificios en los que por desgracia también hubo muertos y heridos. Estaban apenas enterados de la ubicación de algunos de los inmuebles, pero no sabían los nombres de las víctimas, sus historias o por qué fallecieron aplastados por losas y muros: ¿fue realmente la pura sacudida la causa del colapso de 51 inmuebles en la capital del país? ¿Por qué no cayeron edificios contiguos? Eso dio origen a estas páginas.

Los colegas aceptaron reabrir sus libretas de apuntes, realizar nuevas entrevistas y volver a los lugares de la tragedia. Investigar más profundamente. Constatamos que las excavadoras enviadas por el gobierno levantaron hasta los últimos escombros y amasijos de hierros retorcidos en los predios de los derrumbes, pero lo que no pudieron hacer las palas fue limpiar los rastros de corrupción e impunidad en las superficies siniestradas. El ojo periodístico juntó así las piezas del

rompecabezas de la incompetencia gubernamental o de la dejadez vecinal. Y esto no fue un problema exclusivo de la Ciudad de México, así que decidimos incluir en esta narrativa lo ocurrido en los estados azotados por el terremoto previo, el del 7 de septiembre.

La “sociedad civil”, que por primera vez mostró su músculo en 1985, en este nuevo 19-S volvió a sacar la casta, asistida esta vez por redes sociales para rescatar víctimas y coordinar ayuda por zonificación. Sin embargo, rápidamente disminuyó su fuerza conforme transcurrieron las semanas. La ayuda nacional e internacional, en especie y efectivo, quedó en manos de la Cruz Roja y de los gobiernos, sin contrapesos, ni vigilantes de que la reconstrucción de zonas devastadas se hiciera con honestidad. Todo empeoró porque la desgracia de la devastación no llegó sola, se presentó acompañada del proceso electoral más importante de la historia reciente debido al número de comicios concurrentes en la federación, estados y municipios.

Entregados todos los textos periodísticos, y tan sólo horas antes de que esta edición entrara a imprenta, fuimos conociendo nuevos actos gubernamentales que indignan porque, nueve meses después del terremoto, muchas víctimas aún vivían en la calle debido a la falta de un plan de reconstrucción efectivo, que favoreció el desvío de recursos públicos.

Como sociedad civil también estamos en deuda con las víctimas: no hemos sido capaces de levantar la voz y organizarnos para impedir que funcionarios públicos de todos los partidos —implicados por omisión o contubernio con los desarrolladores inmobiliarios que incumplen las normas de construcción más elementales— dejaran cínicamente sus cargos para hacerse de una candidatura a otro puesto de elección popular.

La aproximación de cada periodista a las víctimas muestra el lado humano, el proceso de duelo y la lucha por sobreponerse al olvido social al que hemos condenado a los afectados. En uno de los casos se encontró que la madre de un joven que murió al intentar salvar a su mascota inició una investigación propia (mediante solicitudes de información y expedientes), mediante la que documentó las anoma-

lías que existieron en los permisos de construcción de su edificio, que contaba con ocho niveles cuando sólo debía tener cuatro, y que fue erigido con materiales no permitidos. Pese a esto, los desarrolladores recibieron exenciones fiscales y permisos por parte del gobierno capitalino.

Ese es sólo un caso entre decenas. Y cada texto encierra una historia similar. Todas, en conjunto, pintan el mosaico de impunidad que explica la enormidad de la tragedia.

Treinta y dos años después del terremoto de 1985 y después de ver lo sucedido en el nuevo 19-S, queda claro que gobiernos como el nuestro aún no entienden que catástrofes de esta naturaleza serán del tamaño que las autoridades de un país lo permitan. Es seguro que volverá a temblar.

TEMPLO DE SANTO DOMINGO DE GUZMÁN:

LOS NIÑOS DEL TEMBLOR

DANIEL VENEGAS

UNO

Recuerdo haber mirado al cielo alguna vez y deseado, después del terremoto del 85, que si un día volvía a temblar con tal magnitud ojalá la sacudida me tomara a bordo de un avión para evitar el horror. ¡Dios mío! No supe lo que anhelé. El vuelo en un Boeing 787 Dreamliner, a partir de las 13:14 horas del 19 septiembre de 2017, se convirtió en el viaje más amargo de mi vida.

Cubro las actividades presidenciales para el periódico *Milenio*. Esa tarde, en el avión presidencial (TP-001), Enrique Peña Nieto, un grupo de funcionarios de Protección Civil y encargados de la reconstrucción en desastres naturales, así como los reporteros acreditados volábamos con destino a Oaxaca, en donde, junto con Chiapas y Tabasco, el terremoto del 7 de septiembre destruyó 110000 inmuebles y mató a 102 personas, el mayor número en el primer estado.

Las muestras de aliento y solidaridad de los mexicanos se sentían por todos lados, incluso llegaron condolencias y ayuda del exterior, así que el presidente estaba obligado a actuar para coordinar las labores de reconstrucción y rehabilitación en una de las peores catástrofes del siglo. Pero justo antes de descender en el aeropuerto militar de Ixtepec, la aeronave recién comprada da tres vueltas y después la

orden a la tripulación es abortar el aterrizaje para regresar al punto de partida: la Ciudad de México.

Entre los reporteros que ocupamos la parte trasera del avión, separada de la zona presidencial, sabemos que algo andaba muy mal. La pantalla colocada al frente de la sección, donde se da seguimiento a los detalles del vuelo, se ha quedado estática marcando un minuto para el aterrizaje. Entonces aparece con rostro serio y voz apresurada Eduardo Sánchez, vocero presidencial: “Señores, les informo que por órdenes del presidente no vamos aterrizar en Oaxaca y regresamos a la Ciudad de México. Han ocurrido, al parecer, dos terremotos muy fuertes y vamos de regreso”. Es la información que tenemos, no da espacio para contestar preguntas.

Da media vuelta y regresa de inmediato a la primera sección del avión, dejando a los reporteros con miedo y decenas de dudas en el aire en el que flota el Boeing 787.

El barullo de las conversaciones en la zona de prensa se rompe cuando de nueva cuenta se abre la puerta. Esta vez aparece con la cara larga el presidente. Pero no sale sólo, sino acompañado del coordinador Nacional de Protección Civil, Luis Felipe Puente; el jefe de la Oficina de la Presidencia, Francisco Guzmán Ortiz; el jefe del Estado Mayor presidencial, Roberto Miranda, y el vocero.

Es la una de la tarde con 53 minutos. Han pasado 39 minutos desde que se registró el terremoto. “Tenemos una emergencia en la Ciudad de México y vamos a concentrar nuestra presencia y nuestra operación allá”, dice Peña mientras enseña fotos desde su propio celular que muestra parte de los daños en la ciudad. Y confirma indicios de que el mayor número de edificios colapsados están en las colonias Roma, Condesa y probablemente en la Del Valle, zona por la que vivo con mi esposa y mis dos hijas.

Peña Nieto sigue con una letanía de la que me desconecto involuntariamente. En mi cabeza sólo están mis hijas, mi esposa y nuestras familias. No me importa nada más. Empiezan a pasar por mi mente varias imágenes de hipotéticas tragedias que no logro separar de lo que fue mi última cobertura de campo, en la que conocí historias

tristes de familias y vi cómo la destrucción cambió la cara de Chiapas 470 años después de la fundación de una de las primeras ciudades tras la conquista española: Chiapa de Corzo.

Los momentos amargos que pasé durante 1 hora y 45 minutos (lo que duró el retorno) son los más largos de mi vida, que no quiero repetir jamás. Los recuerdos de lo que vi en Chiapas me perturbaban y en mi cerebro las imágenes se presentaban de manera intermitente. Lo que narro a continuación es lo que vi en aquel estado durante mi cobertura de los hechos.

DOS

En la comunidad pesquera de Paredón, en Chiapas, las redes no fueron lanzadas al mar este domingo. Los hombres sin camisa que todos los días se internan en el Pacífico a bordo de sus destartaladas lanchas se han quedado en tierra.

Un grupo de ellos forcejea con una puerta de metal. Unos, desde la calle, la tunden a golpes de mazo. Otros, que han entrado por la ventana de la casa a medio derruir, la empujan desde adentro hasta que al final cede en medio de un chirrido que hace que varios niños que curiosean se alejen tapándose los oídos.

En la noche del sismo de 8.2 grados las paredes cedieron y el peso de los muros selló las puertas de varias de las casas de esta comunidad. Sus habitantes salieron por las ventanas. En esta zona del istmo-costano ha dejado de llover desde el 7 de septiembre, cuando el terremoto derrumbó prácticamente todas las casas de la calle Niños Héroes, en la que la familia López Zavala habitaba.

Hoy Orlando, el padre de familia, y Magaly, su esposa, remueven a mano limpia los escombros de lo que hasta hace un par de noches era su hogar. El piso de su casa, igual que el de sus vecinos, asemeja un panqué horneado que, abriéndose paso para salir del molde, ha reventado junto a las paredes derrumbadas.

Ollas llenas de comida echada a perder aún están sobre la mesa de lo que fue la cocina. El agua de la lluvia las ha llenado hasta el

borde y se desparraman lentamente. Una de las hijas de la pareja, una pequeña de apenas dos o tres años, se abraza de las piernas de Orlando, quien la carga por un momento y después continúa con su tarea. Recoge pedazos de lo que fue un reconocimiento por buen aprovechamiento escolar de alguno de sus cuatro hijos. La palabra “Diploma” apenas se lee en el papel mojado.

La pequeña, de cabello rizado como el de Orlando, se pasea entre los escombros. Un pedazo del palo de escoba le sirve de juguete. Lo clava en una de las grietas del suelo y se va corriendo. Lleva puesta una blusa blanca, pantalones cortos color rosa y unos huaraches del mismo tono. Sobre ella el techo de lámina que resistió el sismo la protege de la lluvia. En el marco de la puerta hay una imagen de la Virgen de Guadalupe y en otro de los muros han colocado un anuncio metálico que antes daba la bienvenida a los visitantes: “Familia Zavala Vázquez. Dios bendiga nuestro hogar”.

En la calle el calor y la humedad hacen que el olor a pescado penetre el ambiente. No hay siquiera una pequeña brisa que refresque a los que siguen trabajando, ni a los niños que los observan sentados en la banqueta con los pies metidos en la corriente de agua que comienza a crecer con la lluvia.

En esta comunidad el agua potable llega a través de plantas de bombeo. Pero el día de hoy no hay electricidad y, por lo tanto, tampoco agua.

Algunos de los vecinos que ya sacaron sus pertenencias de los escombros han montado improvisadas tiendas de campaña con lonas y plásticos que han ido recolectando. Pedro es uno de ellos.

El hombre de cabello completamente blanco lleva dos noches durmiendo, si se puede decir así, afuera de lo que queda de su casa, rodeado de utensilios de cocina y unas cuantas pertenencias que logró sacar. Desde donde está se observa la habitación que ocupaba su esposa. La mujer ha sido trasladada a una clínica del Seguro Social. Necesita ser dializada todos los días, y hoy el espacio que ocupaba su cama está a la intemperie y lleno de cascajo que se lava una y otra vez con la lluvia.

Pedro confía en que ella estará bien. De él, asegura, se ocuparán sus “hermanos de Dios”, de la comunidad evangélica, quienes le han comenzado a llevar comida.

TRES

El 29 de noviembre de 2013 Miguel conoció a Yelizbeth. Fue el día en que regresó a trabajar a la fábrica, después de haber sido comisionado en otra planta. El 13 de enero de 2015 se hicieron novios y en diciembre de 2016 se casaron por la Iglesia.

El 7 de septiembre de 2017, a las seis de la mañana, ella sintió las primeras contracciones, por lo que se quedó en la casa de su suegra mientras Miguel se fue a trabajar. Sin embargo, dos horas después regresó para llevar a su esposa al hospital.

Primero parecía que el niño tenía prisa por nacer y después, por algún motivo, ella dejó de dilatar y lo que sería un parto natural se convirtió en cesárea. Había sido un embarazo sin complicaciones, sólo una madrugada Yelizbeth sufrió de presión baja, recuerda Miguel.

El 7 de septiembre nació su primer hijo en el Hospital Rural 31, del municipio de Ocozocoautla, y lo bautizaron como Dylan. Miguel recuerda perfecto lo que sucedió ese día. Por eso daban gracias a Dios.

Miguel recuerda aquel día en el hospital cuando vio por primera vez a su hijo. El joven estaba absorto mirando la cara aun enrojecida de su hijo y cómo el recién nacido se esforzaba en abrir los ojos. No han pasado más de cinco minutos desde que Miguel y Dylan se vieron por primera vez. Pero algo interrumpe sus recuerdos: Miguel dice que el primer movimiento vino acompañado de un estruendo de material médico cayendo en los consultorios vacíos a esa hora. En los pasillos creció un murmullo que de inmediato se convirtió en una oleada de gritos, en medio del bochornoso calor chiapaneco.

La habitación del hospital donde Dylan fue llevado con su madre asemejaba a un navío en altamar sacudido por un oleaje violento. Ella, aún bajo los efectos de la anestesia, no se percató de inmediato de lo que sucedía y sólo se dio cuenta de que algo pasaba porque su cabeza comenzó a golpear los barrotes de la cama donde convalecía.

Eran las once de la noche con 49 minutos cuando el mayor sismo de los últimos 100 años se comenzó a sentir. Lo sintieron con toda su furia y aún se aterran con tan sólo recordarlo. Su epicentro se localizó en las cercanías de Pijijiapan, a poco menos de 200 kilómetros de Ocozocoautla de Espinosa.

Ni Miguel ni su familia lo sabían, pero a raíz de la violenta sacudida del sismo de 8.2 de magnitud era claro desde ese momento que “Coita”, como también es conocido el municipio por los habitantes de la región, sería incluido entre los 97 municipios, de los 122 que comprenden el estado de Chiapas, más afectados por el sismo.

En la habitación, así como en todo el hospital, las calles y gran parte del estado, el terremoto se desarrolló en la completa oscuridad, ya que se cortó el suministro de energía eléctrica. Durante el temblor —me relataron— se oyó un ruido “como de motor”, mientras las paredes crujían y las estructuras rechinaban, pero no se vencieron.

Yalizbeth, Dylan y Miguel junto con su bebé se funden en un abrazo apretado. El joven, dedicado a la capacitación de operarios en una fábrica local, pasa del miedo al enojo y después a un sentimiento profundo de lástima. “Dylan empezaba a abrir por primera vez los ojos y que los volviera a cerrar no era posible”, rememora un par de días después, recapitulando lo sucedido.

Pero en ese momento, desorientado, Miguel no las distinguía en la penumbra y escuchaba a otras dos parejas que compartían el cuarto de hospital. También ellos habían sido padres y las mujeres, a quienes les fueron practicadas cesáreas como a Yelizbeth, tampoco estaban en condiciones de moverse y salir del hospital.

Mientras, afuera, en la calle frente a la clínica un grupo de personas esperaban de pie recargados en algún auto, junto a los árboles o simplemente abrazados en el estacionamiento: son los familiares

de las mujeres que han acudido a dar a luz o de los enfermos ingresados en ese mismo hospital. Aunque no había dejado de temblar, algunos buscaban abrirse paso para entrar, como sea, a la clínica, mientras otros sólo rezaban y le pedían a Dios que protegiera a sus familias.

CUATRO

En Chiapas, 58 por ciento de la población profesa la religión católica. En 1528, Chiapa de Corzo se convirtió en una de las primeras ciudades fundadas tras la conquista española y con ello la fe católica se esparció por toda la zona.

El templo de Santo Domingo de Guzmán, en dicho municipio chiapaneco, se comenzó a construir 19 años después, en 1547. La fachada está hecha de argamasa, una combinación de cal, arena y agua. En su interior el púlpito de madera, con un recubrimiento de oro, es una de las piezas más bellas del templo.

Durante 470 años el lugar apenas cambió. Hasta que el 7 de septiembre de 2017 un sismo de intensidad 8.2 desfiguró la fachada y el interior del templo. El poder divino cedió ante la naturaleza. Hay iglesias que Dios no puede salvar.

Desde el exterior podía verse la cúpula fracturada; los trozos de la argamasa finamente tallada bajo la supervisión de los franciscanos estaban regados por el piso. Los pobladores, que apenas el domingo anterior habían acudido a misa, observaban, se persignaban.

Algunos, como Mario Espinoza, un maestro jubilado, recuerda que por más de 70 años vio correr el tiempo sin que las edificaciones religiosas alteraran su fisonomía. Los ojos se le llenan de lágrimas. Se reconoce católico y devoto de las imágenes de ese templo que hoy está acordonado. Ahí se venera a Nuestra Señora del Rosario, al Señor de la Misericordia y a santo Domingo. El profesor no sabe que en el interior algunas de las representaciones religiosas tienen severos daños.

Bañada de polvo, una figura decapitada, cuya identidad no alcanza a distinguirse, fue colocada por Ildemario, el encargado de la parroquia, en una de las entradas laterales de la iglesia. La cabeza de esa figura descansa en una silla mientras por el techo la grieta de la cúpula deja pasar un rayo de sol que ilumina el lugar, junto con un redondo vitral con una representación del Espíritu Santo. Más abajo, la piel morena de un Cristo es bañada por una pequeñísima cascada de polvo fino que asemeja un manto y poco a poco va descendiendo hasta el altar.

CINCO

Ludivina ha viajado desde la comunidad Abelardo L. Rodríguez, del vecino municipio de Cintalapa, para acompañar a su hija, que acaba de dar a luz.

El temblor la asusta y permanece afuera de la clínica con las demás familias. Pero apenas deja de moverse la tierra comienza a abrirse paso hasta las puertas del hospital. Está decidida a ver a su hija Yelizbeth, a su yerno Miguel y a su nieto recién nacido, Dylan. Lleva en la mano un teléfono celular, que en esos momentos resulta inútil para hacer cualquier tipo de llamadas. Ella se sirve de la lámpara del teléfono para alumbrar su camino. Sin hacer caso a los policías que custodian la entrada, la mujer avanza hasta alcanzar los pasillos del interior del hospital. Primero camina hacia un lado, donde se encuentra con doctores y enfermeras que revisan apresurados a los pacientes, también usando las lámparas de sus teléfonos o bien las que comúnmente usan para revisar oídos y gargantas en sus consultas. Todos examinan de reojo en la oscuridad. Buscan grietas, techos caídos, pisos rotos, pero no encuentran nada. En la clínica sólo se registran en el exterior algunos resquebrajamientos en el aplanado de sus paredes. El sismo apenas la ha tocado.

La mujer encuentra a su hija y para entonces Miguel y los esposos de las otras dos mujeres en la habitación aún no salen del marasmo.

Es hasta que ella entra cuando Miguel, su esposa y las otras parejas empiezan poco a poco a ordenar sus pensamientos.

En minutos los tres padres de familia comienzan a ponerse de acuerdo. “Si hay otro temblor, tumbamos todos juntos la puerta más cercana y por ahí nos salimos”, establece Miguel como plan de emergencia.

“En los últimos días había estado de mal humor. No sabía por qué. Me sentía raro desde días atrás, como si tuviera un presentimiento”, explica Miguel, endureciendo la expresión de su cara mientras mece en sus brazos a Dylan.

Ha pasado una semana del sismo y Miguel junto con su familia se ha mudado de Coita a la comunidad de Abelardo L. Rodríguez, en el municipio de Cintalapa, en Chiapas. Ahí vive su suegra y les han hecho un espacio para poder cuidar a Yelizbeth y a Dylan, por lo menos los 40 días que ella, como operadora de una fábrica local, tendrá de incapacidad por maternidad. Está sentada en un sillón de la sala. Detrás de ella, sobre el muro, cuelgan varias fotografías. En una de ellas posa enfundada en su uniforme escolar. Son las mismas facciones. La misma expresión infantil que no abandona la cara de esta mujer de 23 años que hace una semana dio a luz y que se mueve aún con dificultad. “Después del temblor los doctores vinieron a revisarnos a Dylan, a mí y a las demás señoras que estaban en el cuarto”, dice tomando con la mano izquierda la mano de su esposo, mientras que con la derecha se protege el abdomen, aún adolorido por la cesárea.

Mientras me sigue contando, en la casa comienza a percibirse un olor a comida que se escapa por las puertas abiertas. A la una de la mañana, continúa, las enfermeras bañaron a Dylan y se lo llevaron al cunero. A las seis de la mañana lo llevaron de nueva cuenta con ella. Es la hora del primer rondín de los médicos obstetras. “¿Dónde están los niños del temblor?”, preguntaron sonrientes los hombres vestidos con batas blancas.

Ahí están. Son tres. Vivos y en los brazos de sus madres. Yelizabeth se abraza a su fe y le agradece a la Virgen de Guadalupe, de la cual es devota, poder disfrutar de su hijo que, de la misma forma que los demás niños en esa habitación, abrió por la noche los ojos y ni la fuerza del temblor ni sus estragos lo obligaron a cerrarlos.

SEIS

Santo Domingo de Guzmán es el templo donde cada mes de enero se concentra la llamada “fiesta grande” en la que los parachicos danzan con sus máscaras de madera y recorren las calles aledañas ataviados con ropajes multicolores y cantando alabanzas a los santos católicos.

El templo tiene capacidad para albergar a cerca de 600 personas, pero ahora representa un peligro y muestra de ello son las bancas hechas añicos que, justo a la mitad del santuario, soportan montones de piedras. En uno de los costados algunas de las representaciones religiosas ya no están en su sitio. El lugar que ocupaban luce vacío. Una imagen de san Judas Tadeo, colocada junto a una alcancía para las limosnas, está rodeada de piedras que se desprendieron del techo.

Hoy no huele a flores, ni a incienso, ni tampoco a la parafina de las veladoras. La boca sabe a tierra al recorrer el pasillo central donde los domingos los fieles hacían filas para comulgar. Aun así, los muros conservan su blancura y la luminosidad de la iglesia es intensa. Una figura de Cristo, con una corona colocada en la cabeza y una capa roja sobre los hombros, bendice permanentemente con la mano derecha. Del otro lado un ventilador que se encendía durante las misas para mitigar el intenso calor chiapaneco está colocado sobre un armazón con ruedas, como esperando a ser usado de nuevo.

A pesar de estar cerrado, el templo no deja desvalidos a sus feligreses. En la casa parroquial se ha llevado lo necesario para atender las necesidades espirituales de los fieles. El Código de Derecho Canónico señala en su artículo 938 que, por lo general, la sagrada eucaristía está reservada a un solo sagrario de iglesia u oratorio y que éste

debe estar colocado en una parte de ese lugar “verdaderamente noble, destacada, convenientemente adornada y apropiada para la oración”. También señala que “por causa grave se puede preservar la santísima eucaristía en otro lugar digno y más seguro, sobre todo durante la noche”. Aquí tal disposición se cumple al pie de la letra. El estacionamiento de la casa parroquial ha sido despejado y al fondo se ha colocado la sagrada eucaristía, que contiene las hostias consagradas. El cuerpo de Cristo para los católicos.

Han pasado cinco días del temblor. Es mediodía. Las piedras desprendidas de la fachada siguen en el piso. Poco a poco la normalidad va regresando al lugar. Una vendedora de nanches, una fruta típica de la región, se ha colocado en el lugar de siempre, a un par de metros de uno de los muros del templo. Ofrece su producto a un par de jovencitas rubias que miran curiosas el contenido de un botecito de plástico relleno con esa fruta, aguardiente y azúcar. Mistela de nanche le llaman por acá. La mujer, sudorosa, se limpia la frente y mantiene la mirada en lo alto del templo; durante los últimos días ha seguido temblando y aún no inicia la reparación.

Serán más de 8000 millones de pesos, de acuerdo con cálculos gubernamentales, los necesarios para la recuperación del patrimonio histórico del país, afectado tanto por el sismo del 7 de septiembre como por el del 19 de ese mismo mes. Más de 1 000 templos en todo el país, principalmente en Oaxaca y Chiapas, se vieron afectados, pero la promesa del gobierno federal es recuperarlos todos.

Veinte días después del sismo que rompió cúpulas y decapitó santos, el presidente Peña Nieto promete: “Lo que el sismo no logró derribar tampoco lo habremos de hacer nosotros”.

SIETE

En todo eso y más pensaba durante mi regreso en avión a la ciudad. Mientras escribo este texto, viene a mi memoria la imagen de aquella niña chiapaneca con el cabello negro y suelto pegado a la cara, a

quien vi en cuclillas en la comunidad de Paredón, en Tonalá: mientras sus padres intentan rescatar lo que se pueda de los escombros de su casa derruida, ella juega y escarba con un palo una de las grietas que atravesó su casa y derribó sus muros. La inocencia de esta niña del temblor la hace no tener dimensión de los daños, qué fortuna si se compara con lo que sufren sus padres y miles de adultos. No sabe que el poco patrimonio con el que contaba su familia ha desaparecido. Que sus vecinos se han unido en grupos para ayudarse unos a otros. Que la ayuda gubernamental la siguen esperando. Que el sismo ha dejado sin nada a los que de por sí tenían muy poco. Que las desgracias naturales, como los sismos, hacen más pobres a los pobres.

LA PREPA EMILIANO ZAPATA:

**UNA CATORCE
CON CUARENTA SEGUNDOS**

ÓSCAR ALARCÓN

TEPAPAYECA

Jamás había escuchado el nombre del lugar: Tepapayeca. Hasta aquí no llegan los reflectores ni las cámaras y la ayuda llegó lentamente. ¿Será porque en comunidades como ésta no se cayeron grandes edificios? ¿Es porque este lugar no es la capital del país? ¿Eso hace distinta la tragedia? ¿Nos hace distintos como personas? Algunos reporteros también eligen algunos lugares, una imagen, un balcón caído, un templo que se perdió y nos dicen qué es lo que tenemos que ver y por cuál edificio sentir que es una pérdida irreparable para el patrimonio cultural de la Humanidad. A otras comunidades no llega la prensa a cubrir la nota, ni televisión ni radio. Si se nos ocurre *googlear* “Tepapayeca” hay que hacer clic en “voy a tener suerte”, porque sólo encontraremos noticias del lugar antes del sismo.

También después del sismo. Tepapayeca puede representar a los olvidados del siglo XXI. No a los de Luis Buñuel que estaban en la capital del país, sino a aquellos de los que jamás escucharemos su nombre a no ser por la tragedia: Tlapaltotoli, Tecuatl, Coyopotl, Cuautle, Michimani. Polvo.

Según el censo del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) de 2010, en Tepapayeca vivían 1 335 personas. El grado de marginación es alto. Más de 40 por ciento de la población por

arriba de los 15 años no ha terminado la primaria. La mayoría de las calles del pueblo son de un solo sentido. O mejor sería decir, no es necesario utilizar un coche en esas calles. Si entras en auto y te encuentras con otro que va de salida, tendrás que buscar algún portón para hacerte a un lado y dejarlo pasar. O echarte de reversa. O simplemente dejar el auto en algún lugar seguro —si es que lo hay, sólo los vecinos confían entre sí y entre ellos se miran a los ojos, aquí los extraños somos nosotros— y recorrer el pueblo caminando.

Son las ocho de la mañana del 25 de septiembre de 2017. Una brigada integrada por estudiantes, padres de familia y principalmente maestros de la preparatoria Emiliano Zapata de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) nos dirigimos hacia Tepapayeca a dejar víveres que la comunidad estudiantil recolectó. La colecta se convocó a través de las redes sociales. A pesar de que la BUAP suspendió las clases, la ayuda no se hizo esperar. En la casa de una maestra jubilada se montó el lugar para recibir la ayuda.

Casi hora y media después, llegamos en caravana a Tepapayeca, pensamos que harían falta manos, la solidaridad —esa palabra— nos convoca a sumarnos. Es la primera vez que conduzco hasta ahí, la entrada del pueblo es similar a la de muchos otros de la región del altiplano de Puebla, con la diferencia de que la vegetación cambia: abundan las cactáceas. La carretera que nos lleva a Tepapayeca se recorre tranquilamente. Existe transporte colectivo que va de Izúcar de Matamoros hasta el centro del pueblo. Sin embargo, al llegar no pensamos que nos encontraríamos con un panorama desolador. Casas de adobe derrumbadas, las esquinas de las edificaciones separadas anuncian una construcción a punto de caer, los escasos muebles que las personas lograron salvar apilados en los patios. Pollitos, gallinas y uno que otro guajolote andan en los patios acechados por los gatos. Algunos perros nos ladran sin mucho entusiasmo cuando pasamos, como con hastío, no por falta de ganas, sino porque el tiempo corre lentamente. Atrás quedó el pitido del claxon de uno que otro conductor en señal de apoyo por la ayuda que llevamos. Aquí no hay

sonidos de autos. Es la calma la que nos recibe, y los ojos de los habitantes que nos reclaman: ¿por qué sólo vienen cuando sucede una tragedia?, pero cinco minutos después la olvidan. Como el gobierno, como la población en general en la vida cotidiana: nadie se acuerda de la pobreza, sólo cuando ocurre una tragedia.

Así es la mirada de los habitantes de Tepapayeca. De los de Jojutla. De Huaquechula. De Izúcar. De Atlixco. Pero también es la pobreza la que nos mira. Es la corrupción: el más terrible de nuestros espejos. Es la escasa ayuda que el gobierno tendría que otorgar y que, por supuesto, no lo hace. No sólo es dar un discurso demagógico. Eso es lo último que hace falta aquí: discursos. Es lo que pienso mientras conduzco el auto y observo que la calle Emiliano Zapata tiene algo más que la coincidencia en el nombre con nuestra preparatoria: está en pie de lucha y es solidaria, en Tepapayeca la tierra sigue siendo de quien la trabaja. Aquí la gente trabaja a pesar de que la ayuda no fluye hacia este lugar. Se trata de la solidaridad entre iguales la que nos hace venir hasta aquí. Llegamos a la escuela primaria —cuyo nombre es, adivinaron, Emiliano Zapata— que funge como albergue y quienes operan el equipo de sonido que han instalado piden que nos reciban con un aplauso.

Antes de que comencemos a descargar las camionetas y los coches en los que transportamos las despensas, los medicamentos, la ropa, observo que un grupo de voluntarios juega con los niños; les han dado dibujos impresos en hojas de papel para que los coloreen y, panza abajo, están muy contentos saliéndose del contorno con las crayolas; son cerca de 15 niños de entre 9 y 10 años. Otros más pequeños juegan algo parecido a la rueda de san Miguel, se persiguen y corren muy contentos, dejando de lado la catástrofe. Es la infancia la que los mantiene a flote con una sonrisa.

En la entrada de la primaria se lee un letrero: “Aviso: si vas a recoger escombros ten mucho cuidado con los alacranes. En caso de picadura, acude al centro de salud o albergue y pregunta por el comité de salud”, tremenda advertencia para el animal urbano que soy. Me siento inútil al no poder identificar un alacrán venenoso del que no lo es.

19 EDIFICIOS COMO 19 HERIDAS



El 19 de septiembre de 2017 un terremoto azotó México. Murieron 369 personas. Pero no las mató el sismo. Los responsables fueron la corrupción, la impunidad, la dejadez, el olvido e incluso la falta de cultura cívica.

A un año del desastre, esta obra investiga qué salió mal en 19 de los edificios más dañados por el temblor. ¿Por qué hubo tantos muertos 32 años después del terremoto de 1985? El libro, así, pinta cuáles son los problemas que resquebrajaron México... y alerta: si no se solucionan, volverá a ocurrir una tragedia similar.

REPORTAJES DE

ÓSCAR ALARCÓN • HUGO CORZO ZANABRIA • SILVIA GARDUÑO

FRANCISCO GOLDMAN • ÉDGAR LEDESMA GASCA • ALBINSON LINARES

FRANCISCO NIETO • ERNESTO NÚÑEZ ALBARRÁN • GEORGINA OLSON JIMÉNEZ

PENILEY RAMÍREZ • PARIS ALEJANDRO SALAZAR • NANTZIN SALDAÑA

NELDY SAN MARTÍN • ALEJANDRO SÁNCHEZ • LAURA SÁNCHEZ LEY

CLAUDIA SOLERA • LAURA TORIBIO • DANIEL VENEGAS



JFFC IMPACTO SOCIAL
DE LOS DESASTRES

ISBN 978-607-316-903-5



9 786073 169035

www.megustaleer.mx



[/megustaleermexico](https://www.facebook.com/megustaleermexico)



[@megustaleermex](https://www.instagram.com/megustaleermex)

Grijalbo